

LOS DUENDES EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

Manuel COUSILLAS RODRÍGUEZ

I.E.S. Salvador de Madariaga. A Coruña

RESUMEN

Como seres mitológicos elementales de la naturaleza, guardianes de los bosques y de todos los seres vivos que habitan en ellos, los duendes forman parte de la raza elemental féérica, y junto con elfos, trols y hadas, son los seres más populares de las mitologías celta y nórdica. Según la mitología celta, el rey de los duendes y elfos responde al nombre de Oberón, mencionado en obras como Macbeth o Sueño de una noche de San Juan de William Shakespeare. Posteriormente, estas leyendas son igualmente mencionadas en el Fausto de Goethe, donde un coro de silfos invocado por Mefistófeles trata de seducir al doctor Fausto, o en cuentos tradicionales infantiles como los escritos por los hermanos Grimm, donde la figura del duende suele asociarse a pequeños seres bonachones. Herederos de esa tradición literaria son muchos de los cuentos contemporáneos del peninsular español.

Palabras clave: duende, céltica, península ibérica, literatura comparada.

ABSTRACT

As a basic mythological element in our nature, guardians of forests and all living things that inhabit them, fairies are part of the elemental fairy race, and along with elves, and trolls, are the most popular creatures in Celtic and Norse mythologies. According to Celtic mythology, the king of fairies and elves is named Oberon, mentioned in works such as Macbeth or Midsummer Night's Dream by William Shakespeare. These legends are also mentioned in Goethe's

Faust, where several sylphs called by Mephistopheles try to seduce Doctor Faustus, or in traditional children's stories like those written by the Brothers Grimm, where the fairy is usually associated with good-natured creatures. As a consequence, many tales in the Spanish peninsula are part of these inherited traditions.

Keywords: fairy, Celtic, Iberian peninsula, comparative literature.

ARTÍCULO

La literatura nos muestra habitualmente a los duendes bajo formas grotescas, pequeños de tamaño, saltarines y bulliciosos, igual que si la actividad debiera presentar una cierta tendencia al juego, a la broma, al engaño y rodeados de fiestas, banquetes y música, recibiendo infinidad de nombres en todos los países del mundo.

La iglesia se ha empeñado desde siempre a contar, clasificar y poner nombres a los duendes, generalmente, relacionados con la etimología o los atributos del demonio. Antonio de Torquemada en su obra *Jardín de flores curiosas* nos habla de la existencia de los duendes y de su capacidad de transformación: “Ninguna cosa me dirán de ellos que no lo crea, pues es tan fácil para ellos todo lo que hacen, así oyéndolos como mostrándose en diversas formas, que nos dicen que lo vieron en figura de fraile, otros de perro, otros de simio...”

En la vida del *Lazarillo de Tormes*, se dice del clérigo avaro que andaba de noche “hecho trago”. La palabra trago es sinónima de duende en muchas partes de España. Lope de Vega en “La burgalesa de Lerma” hace referencia a la existencia de los duendes con estos versos: “Hecho me has imaginar / que los que llamas pretendes / demonios son estos duendes / que suelen siempre habitar / el más oscuro lugar”. También Tirso de Molina en *Cautela contra cautela* nos dice: “Lo que da mujer es viento: / tesoros de duendes son, / ¡no se nos vuelva carbón!, / ¡abre la caja con tiento!”

Posiblemente Tirso de Molina en estos versos se esté refiriendo a la creencia que a los duendes se les consideraba en algunos lugares como guardadores de tesoros, los cuales se convertían en carbón cuando pasaban a poder del hombre. En las Hurdes (Extremadura) abundan los relatos que tratan sobre esta transformación.

En el entremés del *Viejo celoso*, de Cervantes, exclama la criada Cristina de su amo que: “Toda la noche andaba como trasgo por toda la casa”. Fernán de Caballero en su cuento *La Gallina duende* nos habla de la facilidad de los duendes para transformarse. Y Caro Baroja en su libro *Del viejo folklore castellano* nos hace una semblanza de estos entes fantásticos.

El folclorista Publio Hurtado en sus *Supersticiones extremeñas* comenta que el duende en Extremadura suele adquirir una apariencia monacal, con una gran tendencia a vestirse de fraile. La obra que probablemente contribuyó a desacreditar más la idea de los duendes fue la comedia de Calderón *La dama duende*.

Feijoo, en el tomo III de su *Teatro Crítico Universal* niega su existencia diciendo: “Los duendes, ni son ángeles, ni almas separadas, ni animales aéreos, no resta otra cosa que puedan ser. Luego no hay duendes”. Aunque sin seguir creyendo en ellos, en su obra *Cartas eruditas* Feijoo se muestra más tolerante con los duendes, dedicándoles algún que otro ensayo epistolar. Algunos folcloristas actuales, como Luis de Hoyos Sainz y Adriano García-Lomas manifestaron claramente en sus escritos que no creían en tales seres.

Todo esto muestra que, se creyera o no en ellos, lo cierto es que los duendes están muy presentes en la vida popular, literaria y religiosa en España. Si hay duendes o no, se puede relacionar esta pregunta con la sentencia popular de Galicia y referente a las meigas de que “Yo no creo en ellas, pero haberlas hailas”.

Centraré mi trabajo en los duendes marinos, situando los rasgos y acontecimientos en la Costa de la Muerte. Creo que es en esta circunscripción marinera donde se puede encontrar los escasos relatos populares sobre los duendes marinos. Algunas grutas o cavidades marítimas de este enigmático litoral gallego, que se conoce con el

nombre de “furnas”, son considerados enclaves mágicos y seducen la imaginación popular, sirviendo de morada a estos entes fantásticos en las que guardan celosamente fabulosos tesoros: cofres llenos de monedas de oro y de anillos mágicos, joyas, etc. Sustraídos de los numerosos naufragios acaecidos en esta abrupta costa. Tenebroso mar que ha inspirado figuras legendarias y relatos fabulosos.

En la playa del Osmo en Corme (A Coruña) hallamos una mítica caverna, de la que se dice que sus moradores, los duendes marinos, son seres codiciosos, caprichosos, con tendencia a la melancolía y de voluntad férrea, siendo poco agradables si se enfadan, incluso vengativos. Su actividad principal es la de apoderarse del botín de las embarcaciones naufragadas y la de pescar almas. Su color preferido es el rojo. En sus escasas salidas, generalmente, se cubren de una larga túnica carmesí o llevan un gorro encarnado, que bajo ningún concepto lo olvidan o lo prestan. Cuenta la tradición que en algunos pueblos se cree que el gorro rojo de los duendes posee propiedades mágicas, es un talismán para ellos. En las antiguas mitologías se asociaba la captura del gorro del duende con la búsqueda de tesoros ocultos y quien lo poseía tenía el don de localizar estas riquezas escondidas. Ya Petronio en el *Satiricón* nos cuenta las propiedades del gorro rojo de una clase de duendes llamados incubos.

En cuanto a su comportamiento, la literatura nos habla, generalmente, de dos clases de duendes: una amable y gentil, lúdica y habitualmente inofensiva que otorgan regalos e incluso poderes para tener una buena pesca y otra diabólica, caracterizada por su culto a Satán. También hay algunas narraciones de duendes marinos que en determinados lugares tienen el aspecto de grandes peces. Estos se entretienen enredando las cañas de los pescadores, retirando las anclas de los barcos, rompiendo las amarras...

A veces salen del agua para reírse de sus jugadas y entonces pueden hablar como cualquier humano. Los pescadores no siempre suelen apreciar sus bromas, afirmando algunos que son una encarnación del diablo. Relataré un hermoso y emblemático cuento sobre los duendes marinos que me contaron en este atlántico litoral y

que yo he elaborado, donde se hace una semblanza de estos entes fantásticos.

LAS TRES MONEDAS DE ORO

Érase una vez un joven pescador llamado Andrés, de sonrisa franca y rostro agradable, de fuertes brazos que trabajaba incansablemente para el sostén de su familia y que convivía con el mar y la soledad. Era hombre de pocas palabras y todos los atardeceres embarcaba en su lancha rumbo al océano y a sí mismo.

Un día, ya muy entrada la noche, larga su red cerca de la playa del Osmo, en Corme, y observa que en el umbral de la urna del mismo nombre, había una hoguera y que a su alrededor danzaban, dando vueltas y más vueltas, unos extraños pequeños seres, semejantes a los hombres, de tez blanquecina, ojos verdosos y vestimenta de chillones colores rojos y verdes.

Uno de ellos, al percibir la presencia del pescador, se encamina hacia él y, desde la orilla, entre el rumor del agua, le pregunta su nombre.

- Me llamo Andrés – le contesta nervioso y temblando de pies a cabeza -.

- Yo soy el duende Todín – le dice mientras se acerca a la barca, moviéndose como pez a través de las aguas -.

Andrés, asustado, no soltaba palabra; entre tanto, lo observa fijamente; pero al cabo de un rato comenzó a tranquilizarse cuando vio que aquel extraño ser, de mirada vivaracha pero serena, parecía inofensivo.

De pronto, el duende lo coge de un brazo, se sienta frente a él, le mira rectamente a los ojos y le dice:

- No temas, me caes bien y quiero ayudarte.

La noche avanzaba y la conversación entre ellos se hacía ininterrumpida y amena. Andrés no tardó en darse cuenta de lo endiablidamente inteligente y tortuoso que era Todín y presentía que una amistad, aunque extraña, estaba naciendo.

Al amanecer, con los primeros rayos de la aurora, el pescador recoge la red y queda admirado al observar que estaba repleta de los más variados peces.

- Ya sabes – le dice el duende -, cuando quieras tener una abundante pesca, te acercas a esta playa, me llamas tres veces y, mientras hablamos amistosamente, tu red se llenará de peces.

- De acuerdo, ya te buscaré – dijo el pescador, guiñando un ojo.

Andrés, como era prudente, no quería abusar de la magnanimidad del duende y procuraba ir sólo a la playa del Osmo cuando la pesca en otros lugares escaseaba o el mar de estas atlánticas costas se enfurecía.

Pasó el tiempo y, un día, Todín le confiesa que es un ser muy poderoso, ya que posee tres monedas de oro con poderes mágicos, pero sólo se las daría a una buena persona, y él se lo parecía.

- Quiero compartir contigo, mi buen amigo, - le dice el astuto duende – este poder mágico que tengo gracias al designio de mis antepasados.

A decir verdad, Andrés era desconfiado. No creía en regalos en apariencia desinteresados. Aunque trabajaba hasta la saciedad todas las noches del año, por experiencia sabía que de la pobreza no era fácil escapar. Era un pobre pescador, como lo fue su padre y había sido su abuelo.

Todín le introdujo en la urna, iluminada por velas aromáticas en candelabros de oro con forma de búhos de la buena suerte. Sobre mesas ovaladas había esmeraldas en bandejas de marfil y enormes caracolas llenas de perlas. Abre un cofre de madera de ébano y saca tres monedas.

La primera que le muestra es la moneda de la salud. En una de sus caras tenía tallada una ninfa con un cáliz entre sus manos, y le dice:

- Con ella vivirás muchos, muchos años, conocerás a los nietos de tus nietos e ignorarás el dolor.

La segunda es la de las riquezas. En ella se veía un cofre lleno de las más variadas joyas; y le comunica:

- Todo lo que ambiciones lo tendrás.

La tercera es la de la sabiduría. En su dorso se percibía una serpiente; y le explica:

- Nada ignorarás y serás sabio. El que goza de la sabiduría está en posesión de la verdad.

- La verdad para mí es algo muy sencillo – responde el pescador -: es lo que está bien; lo demás, si no es falso, me lo parece.

Andrés permaneció en silencio durante un buen rato y, por fin, con aire resignado y con voz suave, le pregunta:

- ¿A cambio de qué?

Sin hacerse rogar, responde el duende:

- En trueque de tu alma.

De nuevo guardó un prolongado silencio, no había motivo para tener miedo, y no tenía; se trataba simplemente de expresar un deseo y, además, él era sincero por naturaleza, como suele ocurrir con la gente de la costa.

- De acuerdo, acepto el canje, si me das otra moneda más – expresa Andrés.

Cordial, pero con una cordialidad que parecía fría, distante; porque intuía que no era él quien dominaba la situación, Todín le responde:

- No te preocupes, tengo muchas, la del amor, que ningún rayo la podrá destruir ni toda el agua del mar apagarlo; la del poder...

- Sólo quiero, además de las tres primeras, la moneda de la caridad – responde el pescador.

Perplejo, lleno de desesperación y furioso ante tan inesperada petición, se quedó petrificado de rabia; más, intentando disimular su enojo, replicó el duende, profundamente sorprendido:

- ¿Por qué la moneda de la caridad? Esa es la única que no tengo.

Lamenta no poder concederle esa moneda e intenta, una y otra vez, convencerlo de las cualidades de las otras que le había ofrecido, pero sus tentativas resultaron inútiles y sus argumentos terminaban en rotundos fracasos, a pesar de que sus palabras golpeaban en los oídos del obstinado pescador, con tenacidad e ininterrumpidamente, como agua en la roca.

- No insistas, no podrás convencerme – responde Andrés -, puede parecer soberbia o tal vez ingenuidad, pero esas tres monedas sin caridad humana no me interesan; lo nimio, a menudo, es lo importante.

Agradeció su gentileza lo mejor posible y se despidió de inmediato y, bogando a ritmo lento, se aleja en su lancha hacia alta mar, mientras con voz clara pero serena, le dice:

*Tres monedas me ofreciste
Para que te entregue el alma.
Aunque viviera mil años,
Los reyes me envidiaran,
Los hombres me conocieran
Y los sabios me encumbraran;
No quiero cambiar de vida
Ni tampoco trocar mi alma.
Ni la salud, ni riquezas,
Ni sabiduría tanta,
Son lo bastante importantes
Ni son suficiente paga
Para dejar estos mares,
Por vida, dinero y fama.
Si no tienes caridad,
El vivir no importa nada, la riqueza enorgullece,
La sabiduría ufana.*

Como resumen de lo anterior, puede decirse que duendes, trasgos y familiares son denominaciones genéricas que se aplican, en ocasiones de manera errónea, a todo un conjunto de seres legendarios de nuestra tradición, dotados de poderes mágicos, que reciben nombre diferentes según el lugar y que se relacionan, en ocasiones, con los seres humanos.

Todos estos entes mágicos nos pueden parecer ahora de dudosa credibilidad, pero siglos atrás su existencia era una verdad indiscutible para la mayoría de nuestros antepasados, y la creencia de su existencia influyó notablemente en las costumbres, literatura y filosofía de nuestros mayores.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anónimo. (1980). *El Lazarillo de Tormes*. Madrid: Espasa Calpe.
CALDERÓN DE LA BARCA. (1971). *La dama duende*. Zaragoza:
Ed. Ebro.

- CARO BAROJA, J. (1988). *Del viejo folclore castellano*. Valladolid: Editorial Ámbito.
- CERVANTES, M. (1982). *El viejo celoso*. México: Espasa-Calpe.
- FEIJOO, B. (1985). *Teatro Crítico Universal*. Madrid: Ed. Taurus.
- FERNÁN CABALLERO. (1986). *La gallina duende*. Barcelona: I. Huope.
- LOPE DE VEGA. (1969). *La burgalesa de Lerma*. Madrid: Aguilar.
- HURTADO, P. (1989). *Supersticiones extremeñas*. Huelva: Editorial Arsgraphica.
- TORQUEMADA, A. (1982). *Jardín de flores curiosas*. Madrid: Editorial Castalia.
- GARCÍA LOMAS, A. (1964). *Mitología y supersticiones en Cantabria*. Santander: Excma. Diputación de Santander.
- TIRSO DE MOLINA. (1984). *Cautela contra cautela*. Madrid: Turner Libros.